

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE CRISTIANISMO Y DEPORTE

Luis Fernando Aragón V., Ph.D., FACSM

El deporte ha adquirido una importancia enorme en el mundo moderno. La superioridad política se define a menudo en el estadio deportivo. Un alto porcentaje de los programas de televisión son acerca de los deportes profesionales y aficionados. Millones de personas en todo el mundo están involucradas en ligas competitivas de todos los deportes. El cristiano se ve continuamente involucrado en el deporte competitivo de una u otra forma: participando activamente, como espectador, escuchando testimonios y opiniones de atletas cristianos e inclusive evangelizando y brindando cuidado pastoral a deportistas de distintos niveles.

Algunos autores de sociología deportiva o de religión se han referido a aspectos del deporte en la vida moderna y su relación con el cristianismo, como el conflicto entre el llamado “instinto asesino” del deportista y el amor y la compasión cristianos, o la competición deportiva como culto (Hoffman, S.J.: “The Santification of Sport –La Santificación del Deporte-”, Christianity Today, Abril 4, 1986), o como el culto al cuerpo humano (Vaux, K.: “How do I love ME? -Cómo me amo YO-” Christianity Today, Setiembre 20, 1985). En algunos de estos casos lo que se hace es analizar el fenómeno deportivo con la ayuda de la Biblia, la Palabra de Dios. Pero también es necesario profundizar, partiendo de algunas verdades cristianas básicas, hasta qué punto el ideal Cristiano y el ideal deportivo son compatibles: en qué forma el deporte puede ayudar al ser humano moderno a ser un mejor cristiano, y a qué tipo de dificultades se enfrenta el atleta cristiano para vivir conforme a la voluntad de Dios. En este ensayo se proponen algunos principios bíblicos, y se discuten a la luz de la experiencia de los atletas.

El deporte como apoyo al cristianismo

Carácter

No es nada fácil ser un atleta. La paciencia y la perseverancia que se requiere para practicar día tras día durante años, a menudo sin recompensas inmediatas, con el fin de obtener una medalla de oro, no se encuentra en todas partes. El verdadero atleta se somete a una vida muy rígida con el fin de conseguir su propósito.

Y no es fácil ser cristiano. La rectitud y perseverancia que se requieren para complacer a Dios hasta el último de nuestros días tampoco abundan, y las tenemos únicamente por la gracia de Dios. Tanto el cristiano como el atleta saben muy bien lo que significa combatir plenamente dedicados a una meta. El Apóstol San Pablo compara la vida cristiana con una carrera, pero con un premio mucho mejor al final:

“Ustedes saben que en una carrera todos corren, pero solamente uno recibe el premio. Pues bien, corran ustedes de tal modo que reciban el premio. Los que se preparan para competir en un deporte, evitan todo lo que pueda hacerles daño. Y esto lo hacen por alcanzar como premio una corona de hojas de laurel, que en seguida se marchita; en cambio, nosotros luchamos por recibir un premio que no se marchita. Yo, por mi parte, no corro a ciegas ni peleo como si estuviera dando golpes al aire. Al contrario, castigo a mi cuerpo y lo obligo a obedecerme, para no quedar yo mismo descalificado después de haber enseñado a otros” (La Biblia DHH, I Corintios 9:24-27)

Salud

Todo cristiano debe cuidar su cuerpo y estar saludable (La Biblia, Eclesiástico/Sirácida 30:14-16), para poder servir a Dios lo mejor posible. El cuerpo es el templo del Espíritu Santo, y Dios debe ser glorificado en el cuerpo (La Biblia, I Corintios 6:19,20). En los tiempos modernos en que el sedentarismo y el estrés son un serio problema para la salud de un alto porcentaje de la población, el deporte competitivo y recreativo juegan un papel muy importante al proveer la distracción y los estímulos fisiológicos necesarios para prevenir las enfermedades cardiovasculares, problemas de cintura, obesidad y otros males relacionados con el sedentarismo. Aún más, el atleta normalmente tiene mayores conocimientos sobre la nutrición y el cuidado del cuerpo, y los aplica.

Por lo tanto, existen al menos dos ventajas para el cristiano en la práctica deportiva regular y disciplinada: le ayuda a crecer en el carácter que se requiere para ser un buen cristiano, y le puede ayudar a cuidar su cuerpo en la forma que Dios quiere que lo hagamos.

El conflicto entre cristianismo y deporte

¿Dónde está mi fuerza?

El atleta de alto rendimiento es disciplinado, y sabe que puede dominar su propio cuerpo. Sabe que es superior físicamente a la mayoría: su yo es más capaz que el de muchos otros.

Pero ¿dónde reside a fin de cuentas la fuerza del cristiano? No en su juventud (La Biblia, Isaías 40:30), ni en su vigor o recursos (La Biblia, Salmo 33:16,17); no está en su grandeza o popularidad (La Biblia, Salmo 118:8,9). Si bien es cierto que hay un tipo de fuerza fisiológica que simplemente tiene que ver con la aptitud física, y otro que tiene que ver con la capacidad anímica y fuerza de voluntad, ambos están limitados por lo que cada persona tiene. Pero la fuerza y el vigor que vienen de Dios nada tienen que ver con los dos anteriores: dependen de temer a Dios, de confiar y esperar en El: “Ningún rey se salva por su gran ejército, ni se salvan los valientes por su mucha fuerza; los caballos no

sirven para salvar a nadie; aunque son muy poderosos, no pueden salvar. Pero el Señor cuida siempre de quienes lo honran y confían en su amor, para salvarlos de la muerte y darles vida en épocas de hambre.” (La Biblia DHH, Salmo 33:16-19).

Es necesario para el atleta resistirse a la tentación de pensar que la victoria depende solamente de seguir estrictamente la rutina de entrenamiento, de pensar que uno está en control de su propia vida, de pensar que uno puede, por su propio esfuerzo y nada más, saltar un solo centímetro más alto (La Biblia, Mateo 6:27). El atleta debe dar todo lo que tiene para triunfar, pero cuanto menos confíe en sí mismo, y más se abandone en las manos de Dios, mayor será su vigor y más resonantes sus victorias (ver además La Biblia, Isaías 40:28-31 y I Macabeos 3:17-23).

Con respecto a la evangelización, ¿cuantas veces se escucha decir a un atleta o un cantante que su éxito es importante para poder glorificar a Dios y tener un mayor impacto al predicar? “Yo había prometido que fuera que ganáramos o perdiéramos, sería para la honra y gloria de Dios. Por supuesto que la gloria fue mayor para Dios y para mí cuando ganamos, porque la victoria me dio una mejor plataforma para predicar” (Roger Staubach, de los Dallas Cowboys –traducido libremente- en Hoffman, S.J.: “The Sanctification of Sport”, Christianity Today, April 4, 1986, p.20). Pero muchas veces, conforme su popularidad aumenta, van traicionando la misma esencia de la vida cristiana. ¿En dónde reside el poder para la proclamación de la Palabra de Dios: en nuestra popularidad, o en Dios mismo?

¿Qué tan importante es el deporte?

Los deportistas están acostumbrados a darle prioridad al deporte por encima de su vida social, la diversión, el estudio, el trabajo, la familia, etc., y es cierto que es muy difícil obtener el éxito de otra manera. Al mismo tiempo, Dios quiere que mantengamos nuestras prioridades en orden. ÉL ES EL NUMERO UNO (La Biblia, Deuteronomio 6:4-5), y la salvación debe ser la preocupación principal de todo cristiano:

“Ejercítate en la piedad; pues aunque el ejercicio físico sirve para algo, la piedad es útil para todo, porque tiene promesas de vida para el presente y para el futuro. Esto es muy cierto, y todos deben creerlo” (La Biblia DHH, I Timoteo 4:7b-9).

Es necesario dedicarse de lleno al deporte para triunfar en él, pero siempre habrá lesiones, enfermedad y fracaso. Sólo los mejores obtendrán el premio. ¿Y qué es el premio? ¿Vale la pena realmente el esfuerzo? Los atletas compiten por una medalla o premio de dinero en efectivo, pero el cristiano se esfuerza y lucha para recibir una recompensa eterna. ¿Debe el cristiano arriesgar su herencia eterna por lograr una medalla? (La Biblia, I Corintios 9:24-25).

¿Idolatría?

Sí, idolatría. No es necesario remontarse a los tiempos antiguos en que la gente se arrodillaba delante de las estrellas y figuras aborrecibles de animales. El ser humano moderno adora su propio cuerpo, olvidando que su cuerpo no le pertenece a él sino a Dios (La Biblia, I Corintios 6:19-20), y adorando la criatura en vez de al creador (La Biblia, Romanos 1:25). Un buen ejemplo de esto es el físicoculturismo, en el que los atletas dedican horas enteras frente al espejo a admirar la masa muscular que va desarrollando. Pero no es necesario ir tan lejos. Cualquier atleta que ame a su cuerpo más que a su Dios (La Biblia, Deuteronomio 6:4-5), es un idólatra.

“Veamos qué hace el herrero: toma su cincel y, después de calentar el metal entre las brasas, le da forma a golpes de martillo. Lo trabaja con su fuerte brazo. Pero si el herrero no come, se le acaba la fuerza, y si no bebe agua, se cansa.

O veamos al escultor: toma las medidas con su regla, traza el dibujo con lápiz y compás y luego lo trabaja con escoplo; así hace una estatua dándole la figura de una persona e imitando la belleza humana, y luego la instala en el templo (...) hace la estatua de un dios, se inclina ante ella para adorarla, y suplicante le dice: Sálvame, porque tú eres mi dios.” (La Biblia DHH, Isaías 44:12-13,17b)

O también, observemos con cuidado al atleta: se prepara, practica, se esfuerza y perfecciona. Fortalece sus músculos, mejora su técnica, se foguea con los mejores y concentra toda su atención en su deporte. Y cuando triunfa se mira en el espejo y dice: “¡Soy el mejor! Yo me debo esta victoria sólo para mí”. Pero su cuerpo es más frágil y requiere más atención y cuidado que el de un hombre normal: pone toda su confianza en algo que pasa y que sólo es vanidad.

El deporte como culto

Hoffman (op.cit., 1986) se refiere al problema de la competición deportiva y el éxito como una manera de rendir culto, en vista de que muchos atletas “ganan para la gloria de Dios”. El término *adorar* o *rendir culto* se utiliza a menudo en la Biblia con un significado bastante restringido, relacionado con *servir* y *arrodillarse*. Para complacer a Dios, la adoración debe cumplir con una serie de requisitos: debe ser el reflejo de una vida dedicada a la obediencia y al servicio de Dios (La Biblia, I Samuel 15:22-23; Miqueas 6:6-8); la persona que rinde culto debe vivir en santidad (La Biblia, Salmo 15) y ser justa (La Biblia, Isaías 1:11-17). El Antiguo Testamento está lleno de prescripciones e indicaciones para el culto agradable a Dios. Más aún, el Nuevo Testamento señala que hay una sola forma de adorar a Dios: en Espíritu y Verdad (La Biblia, Juan 4:21-24).

Es un poco arriesgado, por lo tanto, tratar de hacer calzar la competición deportiva como adoración. El uso de la palabra *celebración* (aunque la celebración es a veces una forma

de adoración) sería más apropiado. Aunque la competitividad real debe ser una característica del atleta cristiano, existe una condición: la gloria debe ser para Dios, no para el ganador. Y esto no es lo que ocurre, pues es claro que los fanáticos del deporte idolatran a sus campeones. Toda la estructura está establecida con una perspectiva secular. Los Juegos Olímpicos modernos, por ejemplo, son una celebración de la victoria y grandes capacidades del ser humano. Unos juegos verdaderamente cristianos no darían medallas a los ganadores, sino que culminarían con alabanzas y adoración a Dios. Tal vez el atleta cristiano, al ganar sus competencias, no debería aceptar medallas ni trofeos (Ver La Biblia, Hechos 14:8-17).

Para el cristiano

El ser humano tiene una curiosa obsesión con el alto rendimiento, la belleza y la perfección. Supongo que será por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. ¡Qué interesante que conforme más se acerca el ser humano a la perfección, mayor es su fragilidad! Debe ser que debido al pecado el hombre y la mujer están condenados al caos y la imperfección y todo lo que hacen son vanos intentos por escapar de ahí. Sólo en Cristo, al final de los tiempos, alcanzarán las personas la verdadera perfección, y no habrá más lesiones, ni enfermedad, ni envejecimiento, y las marcas personales irán siempre en aumento, y nada de eso importará de todos modos, porque estaremos eternamente en la presencia de Dios (ver La Biblia, Apocalipsis 21:3-40).

“Por eso nosotros, teniendo a nuestro alrededor tantas personas que han demostrado su fe, dejamos a un lado todo lo que nos estorba y el pecado que nos enreda, y corramos con fortaleza la carrera que tenemos por delante. Fijemos nuestra mirada en Jesús, pues de él procede nuestra fe y él es quien la perfecciona. Jesús soportó la cruz, sin hacer caso de lo vergonzoso de esa muerte, porque sabía que después del sufrimiento tendría gozo y alegría; y se sentó a la derecha del trono de Dios (La Biblia DHH, Hebreos 12:1-2).”

Esta es la versión completa de un artículo del mismo autor que fue publicado en versión editada en la revista Conquista Cristiana de Enero/Febrero de 1991, pp. 58-60.

Las citas bíblicas que llevan la indicación “DHH” han sido tomadas de *La Biblia – Dios habla hoy*, tercera edición, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1996.